

general de primer orden en Aragón; derrotó á Blake en María y en Belchite, obligándole á refugiarse en Tortosa (mes de Noviembre). En resumen, á pesar de las victorias alcanzadas por las armas del Imperio, la campaña estuvo muy lejos de ser definitiva; por esta razón, ni Inglaterra ni España desmayaban. Contaban con la ambición y las rencillas de los generales (1), con la escasa autoridad del rey José, con la falta de unidad en el mando del ejército, y principalmente con la energía de los Españoles y aun con la topografía del país, que tantos obstáculos creaba á los aprovisionamientos y á los transportes y que tanto se prestaba para la guerra de guerrilla.

Era ésta, aun fuera del campo de batalla, una lucha perenne de hombre á hombre. Un ejército invisible se extendía por casi toda España como una red de la que no podía escapar ningún soldado francés que se separase un momento de su columna ó de su guarnición. Sin uniforme y sin armas, á lo menos en la apariencia, los guerrilleros despistaban fácilmente á las columnas que les perseguían, y con frecuencia las tropas que iban en su busca pasaban por en medio de ellos sin concebir la menor sospecha. Los campesinos, ocupados en sus faenas agrícolas, cogían el fusil al apercibir un francés rezagado, y, en cambio, para el destacamento que pasaba cerca del campo que cultivaban, eran sólo pacíficos labradores. Para las gentes del pueblo de las grandes poblaciones constituía una distracción colocarse tras de las rocas, ó entre los árboles, en los arrabales, y disparar sobre nuestros

en cuya virtud «el día 11 entraron en la plaza los Franceses, asombrados aquellos veteranos, que habían hecho las grandes campañas de Napoleón, al contemplar tantos escombros, tantos cadáveres, tantas muestras de heroísmo, tantas y tan aterradoras señales de una maravillosa resistencia.»

Para mal de nuestros enemigos, Alvarez de Castro, el heroico defensor de la inmortal ciudad, desde Francia, á donde fué trasladado en los primeros momentos, fué traído al castillo de Figueras y murió en uno de sus calabozos, según todos los indicios de muerte violenta. Las Cortes de Cádiz decretaron honores para este esclarecido patricio y su nombre figura entre los de los mártires de la independencia patria. El vencedor de Bailén, Castaños, mandó colocar en el calabozo donde murió una lápida que recuerda las inmarcesibles glorias de aquel nombre. —(N. del T.)

(1) Según las *Memorias* del general Bigarre, ayudante de José, y en este punto concuerda con Mörbot, Soult trató de hacerse proclamar rey de Portugal y mandó distribuir dinero al pueblo para que á su paso gritase: «¡Viva el rey Nicolás!» Napoleón, conocedor de estas intrigas, sin autorizarlas, no se opuso á ellas. Era tal el disgusto que un oficial, llamado Argentón, llegó hasta á entrar en tratos con los Ingleses para proponerles conferenciar con gran número de coroneles y generales del ejército francés.

centinelas, fumándose al propio tiempo un cigarrillo. A menudo, en ciertas comarcas accidentadas y casi sin caminos, los soldados no podían avanzar más que ayudándose con las manos y sirviéndose de sus armas para apoyarse, pues el menor paso en falso les hacía rodar á profundos abismos. Desorganizábase la columna en estos casos, y desgraciada de ella si era sorprendida en tal estado por el airado enemigo, emboscado en el paso de un desfiladero; apostado de ante-



Batalla de Ocaña (19 de Noviembre de 1809). (Cuadro de Roehn)

mano y seguro de no errar el tiro, el español designaba en alta voz, con refinamiento de crueldad, la víctima que había escogido: «¡Al oficial! ¡Al sargento!» y el oficial y el sargento caían heridos de muerte. Los prisioneros eran muchas veces ahorcados y aun quemados vivos (1). A tales peligros y fatigas había que agregar comúnmente las privaciones de todo género, siendo la más cruel la falta de agua: tras varias horas de marcha, con un calor abrasador, señalaban

(1) Como puede verse, el cuadro que pinta el autor está bastante recargado. Sin desconocer que se cometieron crueldades por parte de los guerrilleros españoles, justificadas por las mil atrocidades que en Madrid, Burgos, Mataró, Córdoba, etc., cometieron los ejércitos invasores, no es posible aceptar estas últimas afirmaciones de M. Roger Peyre, quien no debe olvidar que en uno de los capítulos de esta obra se lamenta de que los prisioneros rusos hechos por los Franceses en Eylau les creyesen antropófagos. —(N. del T.)

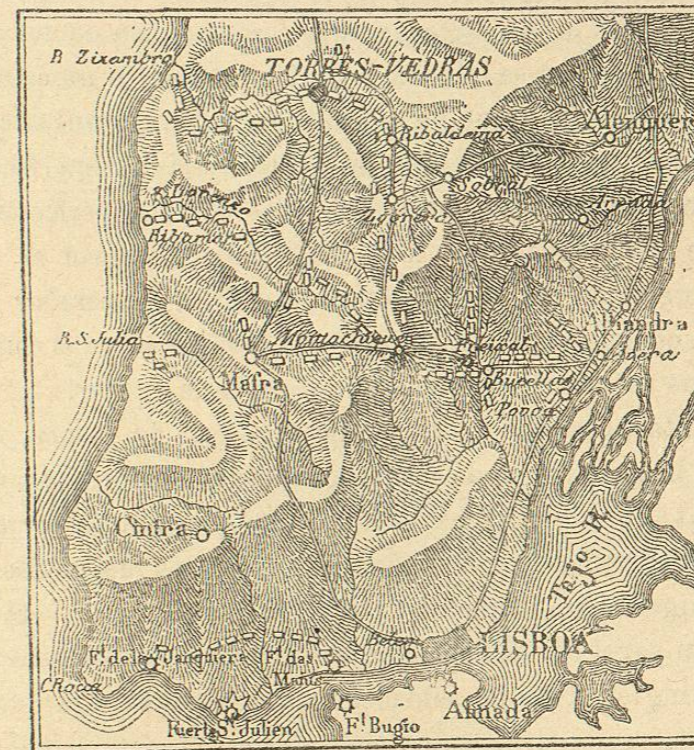
los guías de la columna una fuente, pero á una distancia grande todavía; algunos soldados, cansados, al ver que no llegaban, se detenían, sintiendo desfallecer sus fuerzas, y á la vista de sus compañeros perecían de calor, de cansancio y de sed. Las mujeres, los ancianos y hasta los mismos niños tomaban parte, á su manera, en esta guerra sin cuartel. «Vi, dice M. de Rocca, cerca de Ronda, á un chicle de ocho años que se llegó á jugar entre las patas de nuestros caballos y se ofreció á servirnos de guía. Condujo una pequeña sección de nuestros húsares á una emboscada y se salvó saltando rápidamente por entre las peñas, tirando su gorra al aire y gritando: ¡Viva nuestro rey Fernando VII!» (1).

Este valor degeneraba muchas veces en espantosas crueldades. No hay en la historia nada más odioso que la manera cómo los Españoles trataban á los prisioneros franceses (2) en los pontones de Cádiz ó en el islote de Cabrera. Constituye esto una mancha que todo el patriotismo desplegado por España es impotente para lavar. «En el espacio de tres semanas, dice un testigo ocular, vimos morir treinta ó cuarenta personas en cada uno de los pontones sin el menor auxilio y hasta el agua faltaba casi siempre.» Algunos eran arrojados al agua todavía vivos, pudiendo sentir aún los graznidos de las aves de rapiña que acudían á devorarles. «Algunas mujeres, parece imposible creerlo, algunas mujeres de la clase más distinguida de Cádiz, acudían en elegantes embarcaciones á pasearse por entre los cadáveres que llenaban la bahía y alrededor de nuestros pontones, para gosar se

(1) Conocida es la frase española: «Quien entra débil (en España) es derrotado, el fuerte perece de hambre.» Crecían las dificultades de los convoyes por el estridente chirrido de las ruedas sin engrasar, que señalaban su paso á gran distancia. Sobre la guerrilla española véanse Miot de Melito, *Memorias*; E. Lapene, *Historia de la conquista de Andalucía*; la obra de M. Rocca, segundo marido de Madama de Stael, sobre la guerra de España, y las *Cartas* de Roederer, citadas por Sainte-Beuve.

(2) Todos los historiadores españoles, sin excepción, se han dolido de los malos tratos dados á los prisioneros franceses hechos en la batalla de Bailén, ya en los pueblos del tránsito, ya en los pontones; pero hay que tener en cuenta la excitación de los Españoles por el proceder inhumano de los Franceses y por sus exacciones, y al propio tiempo, la falta de un gobierno firme y bien organizado, que hubiese podido refrenar los instintos de venganza más ó menos legítima que se desarrollaron. Aunque no seamos partidarios de justificar crímenes con crímenes análogos, es preciso tener en cuenta las circunstancias excepcionales por que España atravesaba en aquellos momentos.—
(N. del T.)

en el espectáculo de nuestra miseria y anunciarnos con demostraciones de la más feroz alegría que en breve seríamos todos degollados. Como el sinnúmero de cadáveres que flotaban bajo los muelles de Cádiz podía alterar la salud de sus habitantes, se nos ordenó, en nombre de la Junta, bajo la pena de ser diezmados, que se guar-



□ Líneas de defensa de Torres-Vedras			
	Trincheras	Cañones	Hombres
1.ª línea	70	319	13.683
2.ª línea	69	215	15.444
3.ª línea con reducto	13	94	"
	152	628	34.127
			Extensión
			46.000 m.
			38.000
			2.700
			86.700 m.

dasen los muertos á bordo hasta que una barca pasara á recogerlos. Transcurrían á veces cuatro ó cinco días sin que viniesen á buscarlos y yo llegué á ver en el castillo de proa de nuestro pontón noventa y ocho, sin contar una veintena á lo menos en el de popa (1).»

A los Franceses no les era posible, suponiendo que alguna vez lo sea en tierra extranjera, dividirse en pequeñas columnas para res-

(1) *Memorias de un quinto de 1808*, recogidas y publicadas por M. Felipe Gille. Comparense, en lo referente á la suerte de los prisioneros franceses, tan desgraciados también á bordo de los pontones ingleses, las memorias tituladas: *Mis pontones*, de Luis Garneray.

ponder á la guerrilla con la contraguerrilla, pues tenían que combatir además con ejércitos regulares y sobre todo contra las tropas inglesas, mandadas por sir Arturo Wellesley, que después de la batalla de Talavera recibió los títulos de barón del Duero y vizconde de Wellington.

Wellington demostró en esta campaña un talento militar de primer orden que le hizo acreedor á la consideración de los hombres competentes, que con seguridad no hubiera obtenido únicamente por la batalla de Waterloo, que ha labrado su fama. A un alto sentido práctico unía una rara firmeza de carácter; si no era fecundo en ideas, concebía las más justas y adecuadas. Conocía perfectamente el cúmulo de dificultades que se había creado Napoleón al atacar á España y creía que era posible, sin duda, que el Emperador completase con la conquista de la Península su dominio sobre el continente; pero aunque así sucediese, sabía que siempre le quedaría un refugio como Gibraltar, Cádiz, ó las mantañas del Norte de Lisboa, á donde retirarse y hacerse fuerte de modo inexpugnable para esperar el desquiciamiento del gigantesco edificio levantado por el Emperador; después volvería á tomar la ofensiva, cuando Napoleón sólo pudiese oponer á sus enemigos ejércitos medio deshechos. Para esperar, era preciso dar un gran papel en las operaciones militares á las defensas de campaña. Wellington tenía los soldados más á propósito para este género de guerra, sin iniciativa, sin empuje, es verdad, pero dotados de una imperturbable sangre fría y excelentes tiradores. En 1810 pudo, por fin, hacer la guerra tal como él la comprendía: retirado á Portugal, se ocupó en fortificar de un modo formidable las líneas de Torres-Vedras, en la sierra de Cinta (véase el mapa).

La Junta española, aunque abandonada por Wellington, reorganizó un ejército que debía marchar sobre Madrid, el cual fué completamente derrotado por Sebastiani, segundo de Massena, en Ocaña (19 de Noviembre). Completóse esta victoria por la brillante acción de Kellermann en Alba de Tormes, pero el objetivo más importante y que en primer término perseguían los franceses consistía en arrojar de España las huestes inglesas. Napoleón resolvió verificar una tercera invasión en Portugal: Soult debía penetrar en esta nación por el camino de Badajoz, mientras que otro ejército, acaudillado por Mas-

sena, entraría por el valle del Duero y el camino de Ciudad-Rodrigo; desgraciadamente, Soult se preocupó tan sólo en conquistar Andalucía, José entró triunfalmente en Sevilla (31 de Enero), pero la Junta se retiró á Cádiz, y al llegar las tropas francesas á la isla de León se encontraron cortado el puente de Suazo. Wellington permaneció firme en sus líneas, y Massena, á causa del retraso de Soult, no comenzó seriamente sus operaciones hasta el mes de Julio.

Después de la toma de Ciudad-Rodrigo por Ney, Massena se dirigió sobre Almeida, á la que obligó á capitular. Wellington, que se había negado á auxiliar estas dos plazas, se adelantó, sin embar-



El mariscal Gouvión Saint-Cyr

go, hasta la meseta de Busaco (27 de Septiembre de 1810), donde tomó posiciones para detener el avance del enemigo. Rechazó, en efecto, un ataque de frente, en que los Franceses perdieron 4.000 hombres, pero luego, por medio de una hábil maniobra, envolvieron sus posiciones, que abandonó precipitadamente, dejando descubierta á Coimbra y guareciéndose tras sus líneas. Allí recobró todas sus ventajas, á pesar de que su situación no estaba exenta de dificultades y de graves recelos. El ejército inglés, acampado sin el suficiente abrigo en tiendas expuestas continuamente á los vientos del Océano y á las frecuentes lluvias de aquella región y condenado á una inacción que le molestaba, empezaba á murmurar. Otra clase de inquietudes preocupaban también á Wellington, que temía que un acuerdo del Parlamento británico, sumamente dividido en la cuestión de